

Monterrey Arr. E. 16 de 1895.
Al Sr. Ingeniero
Adolfo Diaz Ruzama
C. Torres

INTRODUCCIÓN.

Para escribir, como vamos á hacerlo, sobre las luchas efectuadas por la humanidad para alcanzar las costosas conquistas realizadas; luchas y conquistas que significan sus progresos y muestran su civilización, nos hemos alentado con las ideas sintéticas del inspirado Pelletan, en cuyas palabras vibra el sentimiento y fulgura la inspiración. Su libro "La Profesión de fé del Siglo XIX," nos ha sugerido el deseo de escribir esta vez casi extractándolo, siguiendo ceducidos la estela de aquel genio en el desarrollo progresivo de un trabajo que para ilustrarse, nos ha exigido hacer consultas diversas; mas debemos ser muy concisos, para hablar sobre asuntos de esta naturaleza desde las columnas de un periódico, que demanda ante todo la brevedad; por esto es que en reducida serie de artículos, nos proponemos trazar en rápidos bosquejos las principales etapas del progreso humano.

Al tocar las cuestiones religiosas en que Pelletan se profundiza en su libro, nosotros nos limitamos á hacer referencias sobre los acontecimientos históricos relativos, y los últimos de nuestros capítulos, aunque desarrollando las moralizadoras y bellas teorías del progreso por el trabajo, que son el ideal que el autor á que nos referimos propaga, se separan sin embargo del plan de su obra.

Dicho esto, entraremos desde luego en materia, dedicando nuestras primeras líneas al escenario donde se desarrolla el drama.

I.

Immense, dilatándose en el espacio y empezando á condensar en agua los sombríos vapores que lo envolvían, así debió estar el mundo informe en su primera edad, cuando ya había efectuándose la concentración del fuego. La luz del Sol no podía penetrar con sus dorados rayos hasta su viscosa superficie á virtud de lo espeso de aquellos vapores; pero el fuego volcánico surgía por muchas partes é iluminaba esa superficie con los lívidos colores de sus temblantes llamas, que terminaban en negros penachos cargados de carbono.

El gigante nubarrón ebullente, coloreado por llamas en puntos distintos, arrastrado por la fuerza de la mecánica celeste, volaba rápido y girando sobre sí mismo, se amasaba, se torneaba por decirlo así, tomando con tal evolución y á consecuencia de las resistencias que hallaba en su vuelo veloz, la forma esférica que se perfeccionaba más y más. Los vapores al irse condensando, cayendo en in-

mensas cataratas, apagaban aquí y allá volcanes mugidores; y aquellas aguas al fin, derramadas en grandes extensiones, se mecían sobre la superficie con espantoso estruendo, hasta que al hallar su nivel determinaron la formación de los mares.

La tierra blanduja en las planicies, más dura en las partes altas, al solidificarse, perfeccionaba el tipo del mineral, con sus líneas rígidas, geométricas, contribuyendo á esto el fuego interior que no dejaba de respirar por cráteres diversos.

Después de fatiga tal en los elementos, separadas las aguas, y la tierra presentando sus llanuras y sus montañas con volcanes de léjos en léjos, la atmósfera que empezaba á descargarse, menos densa daba paso ya, aunque apenas, á la luz del sol, que casi sin color alumbraba el escenario de la creación, en el que á virtud de las evoluciones sucedidas se preparaban los gérmenes del vegetal; y apareció éste cual nuevo progreso en los pantanos, como una lama que fué tomando forma y color conforme el Sol podía alumbrar más vívidamente la tierra, para pintar sus primeras producciones. Las corrientes de fluido, de fuego y de agua que sus entrañas recorrían, elaboraban más y mejor los minerales en ascendente escala, y las trasformaciones presentaban la

estalactita, el mármol, el ópalo; el plomo, el cobre, el fierro, la plata, el oro y el cristal en variada serie y hasta el brillante. La vegetación incipiente en tanto crecía y se multiplicaba invadiendo portentosa y gigante la superficie de la tierra, trepando hasta las más altas montañas. Las algas del pantano, los hongos, dieron paso á la yerva, ésta al arbusto y el arbusto al árbol gigante; y cada variedad, ó dió sus pintadas y aromosas flores ó sus frutos. El infusorio, el primer sér animal, apareció en las aguas y en el follaje, y hé aquí que la creación da principio al sér por excelencia, al sér que siguiendo en marcha progresiva las obras de la naturaleza, llega al animal vertebrado: el animal que dispone de la locomoción para trasportarse y es dueño por eso de las extensiones; y si empezó por vivir en una especie de letargo, tuvo después ráfagas de somnambulismo y luego instinto y al fin casi inteligencia y la voluntad en varias de sus manifestaciones infinitas.

Mas la creación entera tenía que pasar por el crisol de purificación más perfecta, y las aguas, no bien estacionadas en la tierra y los gruesos vapores oscureciendo el cielo, determinaron otros imponentes movimientos, conocidos con el nombre de diluvios: bajo las arenas arrastradas por las impetuosas corrientes

del líquido elemento, quedaron casi todos los grandes bosques sepultados; y aquellas maderas petrificadas por los siglos, habían hoy de proporcionarnos la hulla que alimenta las industrias de los presentes días.

Pero pasados esos cataclismos, el cielo purificado, la tierra mejor preparada, presentó campo libre á la evolución progresiva en la interrumpida marcha de la naturaleza, que reprodujo y aumentó sus anteriores obras.

El agua con sus corrientes sonoras, el mineral con su brillo, las plantas con sus flores ó sus frutos, el animal con sus variadas formas, con su lenguaje en que así se oye el rugir de la fiera como el cantar melódico del ave, todo atestiguaba el progreso; y en concierto mágico, en las primeras auroras de la vida, todo levantaba himnos á la creación, que acariciaba con ondas armoniosas de perfumada frescura la brisa, y el Sol con sus besos de dorada luz.

El mundo después de siglos y siglos estaba hermoso, trasformado y contenía en sí todos los elementos para una vida superior á la del irracional: faltaba la última expresión de la naturaleza. . . .

El hombre desde ántes de la época diluviana aparece y lleva de la mano á su eterna compañera ¿en qué molde fué forma-

do? Esta interrogación está abierta al porvenir; pero en el hombre se ven todas las sustancias de la tierra, todos los colores del cielo, como si cuanto existe hubiera contribuido con esmerado celo á su formación. La línea le da sus ondulaciones más graciosas y elegantes, el color sus tintes más puros, más frescos. Se yergue esbelto el tronco de su cuerpo sobre dos columnas de ligero y breve zócalo y se dilata su ancho pecho donde el corazón reside; sus brazos flexibles, musculosos llevan en los extremos las manos modeladoras, hechas para todas las industrias y para todas las artes; para manejar las armas y para las más suaves caricias. Y coronando el conjunto se levanta la pensadora cabeza esférica; hermosa con su cabellera, y con esa faz armoniosa que es á todo el cuerpo como la flor á la planta; lo mejor, lo más bello y expresivo.

La epidermis del hombre, fresca, suave sonrosada, tiene abiertos los delicados poros y está dispuesta á absorber todas las voluptuosidades de la sensación. El hombre, dueño del espacio por el movimiento, será el dueño de cuanto él contiene en el mundo, y lo será del tiempo por su duración; lo abarcará en el pasado por el recuerdo y en el por-

UNITE
BIBLIOTECA JUAN Y ANA
BIBLIOTECA JUAN Y ANA

venir por la previsión. El sublime pensamiento lo ilumina con divina luz, y servirá de instrumento á su razón, el acento mágico de la palabra.

¡Ah que la naturaleza descance; ha concluido su obra inspirada por el Hacedor divino, y siga ahora la obra de la humildad cuya misión grandiosa empieza!

II.

El hombre primitivo, en la tierra, come el fruto del árbol, bebe el agua del manantial y duerme bajo la misma copa de aquel árbol que lo alimentó; pero por su propensión ingénita quiere dominar en lo que le rodea y se ve rodeado por una naturaleza bravía, y está circunscrito al reducido espacio, único en que no encuentra obstáculo á su marcha recelosa, como la del que ignora y teme de lo que hay más allá. Mira por todas partes abrirse abismos á sus piés, levantarse montañas, cerrarle el paso gigantes selvas salvages de furiosa exuberancia; y al llegar la noche oye el rugido de las fieras y otros mil ruidos para él inexplicables y cuyos ecos forman un acento aterrador. Llega el momento en que el árbol descansa y no fructifica, la época en que el frío ó el agua azota las carnes descubiertas del sér humano, y entónces buscando entre lo que está cerca de sí, come las yerbas, las raíces y se cubre con parte de ellas; más al fin no satisfecho siente el hambre en sus entrañas,